

Reseñas

Peter Wagner, *Modernity as Experience and Interpretation: A New Sociology of Modernity*, Cambridge, Polity Press, 2008, 307 pp.

ROLLIN KENT SERNA*

Hace varios años Peter Wagner¹ afirmó que “la sociología ha perdido la capacidad de analizar críticamente la condición humana contemporánea porque ha dejado de lado los fundamentos filosóficos de la investigación social. Son varios los asuntos centrales de la condición humana que la sociología contemporánea no aborda: la (in)certidumbre del conocimiento, la viabilidad de nuestra política, la continuidad del ser, la capacidad de acceder al pasado, y la transparencia del futuro” (Wagner, 2001a y b). En su obra más reciente vuelve sobre los dilemas del sentido de las ciencias sociales para el mundo contemporáneo.

La sociología como espejo de la modernidad

En la introducción a su libro, Wagner nos recuerda algo que no por conocido conviene olvidar: la sociología como disciplina se encuentra imbricada profundamente con la modernidad, tanto la vivida como la teorizada. Los sociólogos y los demás científicos sociales han contribuido a construir y administrar los aparatos sociales, hoy globalmente esparcidos, y simultáneamente han buscado diagnosticar y dismantelar sus aspectos disciplinarios y sus jaulas de hierro. Las disciplinas mismas son producto de la modernidad, no sólo porque su sostén institucional son aparatos creados en el contexto de la modernidad, sino porque sus entrañas teóricas y conceptuales son inextricablemente modernas. Pero hoy ponemos en duda las convicciones evolucionis-

* Facultad de Administración, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

¹ Profesor de sociología de la Universita de Trento. Es autor, entre otras obras, de *A Sociology of Modernity: Liberty and Discipline*, Londres, Routledge, 1994 y con Björn Wittrock de “Social Science and the Building of the Early Welfare State: Toward a Comparison of Statist and Non-Statist Western Societies”, en Dietrich Rueschemeyer y Theda Skopcol (coords.), *States, Social Knowledge and the Origins of Modern Social Policies*, Princeton, Princeton University Press en coedición con Russell Sage Foundation, 1996, pp. 90-109.

tas que derivaron en las teorías de la modernización. Vemos —o intuimos cada vez más— que así como la modernidad implica dinamismo, conlleva también desorden, y algunos dicen que se enfrenta a fisuras y tensiones de orden civilizatorio. En este contexto, la disciplina de la sociología se encuentra en una posición difícil aunque interesante. Se ve sacudida por una intensa dispersión teórica y encierra una amplia gama de posiciones sobre lo “moderno” frente a las continuas transiciones, reconfiguraciones y cataclismos globales. Por lo mismo hay una necesidad de volver a examinar su historia, de criticar y reconstruir las categorías modernistas que atraviesan la disciplina sociológica.

Wagner señala el reavivado interés en debatir (nuevamente) sobre la modernidad en las dos décadas recientes. Alude a dos retos que han enfrentado las ciencias sociales. Habla de las impugnaciones que en otros momentos lanzaron los pensadores de la “posmodernidad” y el “posmodernismo”, caracterizados por Eagleton (1996) como un estilo de pensamiento que mira con suspicacia las nociones clásicas de verdad, razón, identidad y objetividad, así como rechaza las ideas del progreso y la emancipación universales. Se refiere a ese estilo de pensamiento en las ciencias sociales que ve el mundo como contingente, diverso, inestable, indeterminado, frente al cual sólo puede haber una postura intelectual escéptica, que termina priorizando lo estético y los juegos autorreflexivos y eclécticos, descentrados de lo material, que borran la frontera entre la “alta” cultura y la cultura “popular”, así como la que separaba al arte de la experiencia cotidiana. Pero Wagner se ocupa poco de este desafío intelectual, visto como un fenómeno básicamente de interés para Europa, despachándolo en un párrafo.

Se ocupa sobre todo de otro reto: la evidente extensión de la modernidad a todas las regiones del planeta, motivando una discusión sobre “múltiples modernidades”, más allá del modelo europeo. Las modernidades asiáticas hacen bambolear las certezas de las teorías de la modernización, siempre tan seguras de ver repetirse en otras regiones las “ejemplares instituciones” de los países centrales. Así, sin validar la propuesta posmodernista (sino al contrario), dice Wagner que la modernidad ya no es lo que pensábamos que era, asociada como estaba con la idea de un progreso sin fin hacia una condición humana “mejorada” y un conjunto de instituciones novedosas. Esta expectativa evolucionista —originada en el siglo XIX y luego resucitada en las teorías de la modernización de las décadas de 1950 y 1960 (y de nuevo en América Latina en los años noventa)— ha dejado de ser reconfortante en los tiempos actuales. Hoy el futuro es ambiguo, variable, y múltiple.

En esta obra encontramos lúcidos y originales argumentos de reconstrucción y crítica de las ciencias sociales. Son argumentos que llegan en buena hora a los sociólogos, pero también a los economistas, politólogos, historiadores y antropólogos. En todas las disciplinas sociales observamos dispersión: en el extremo, los debates (o peor: las incomprensiones y los silencios) entre la fenomenología y el *rational choice*. Y en la economía que se jacta de ser una disciplina más integrada que las otras, no hay duda de que la vuelta de Schumpeter y el desarrollo del institucionalismo han venido a incomodar y remover algunas viejas certidumbres.

Al mismo tiempo, el juicio sobre la dispersión disciplinaria tiene que hacerse cargo de otro hecho evidente en las ciencias sociales de hoy: la multiplicación de

lazos inter-disciplinarios. Hay reconstituciones y nuevos enlazamientos. Tanto en elaboraciones teóricas como en investigaciones empíricas, se multiplican los estudios de economía sociológica,² de sociología histórica,³ de sociología cultural,⁴ de antropología política, y de estudios sociales de la ciencia y la tecnología en los que lo “natural” deja de ser objeto de transformación material para convertirse en sujeto de los cambios sociales.⁵

El panorama en consecuencia no se reduce a la fragmentación. Las ciencias sociales también se reconstituyen, ya no solamente en dirección a la especialización progresiva (y por tanto a la fragmentación), sino en dirección a nuevas formas recombinatorias.

Peter Wagner sugiere cómo proceder. Afirma que la discusión sobre los reordenamientos disciplinarios tiene sentido si se cumplen dos condiciones. La primera consiste en reconocer que el análisis manejado como *modo de denuncia* que descarta ideas criticadas como “convencionales” o “pasadas de moda” representa un ejercicio estéril. Si de lo que se trata es de fortalecer conceptualmente a las ciencias sociales, el primer requisito de la crítica conceptual, entonces, es realizar una cuidadosa *recuperación* conceptual de la tradición sociológica, buscando establecer los límites y el potencial de sus conceptos. Para el autor son naturales las referencias continuas a Marx, Durkheim, Weber, Elias, Adorno y Horkheimer.

El segundo requisito consiste en entablar este ejercicio de recuperación y crítica *de manera sociológica*, si bien no se trata de una sociología del conocimiento convencional. Los debates conceptuales adquieren significado como imbricaciones de sentido con las transformaciones en curso de la modernidad misma. Wagner parte del reconocimiento de que la modernidad es más bien plural y que se reduce a algo acontecido en Europa y Estados Unidos y posteriormente trasladado al resto del mundo. Además, como es cada vez más obvio, la multiplicación de experiencias de modernidad en todo el planeta supone retos para la auto-comprensión de las primeras (y supuestamente ejemplares) modernidades. Las transformaciones asiáticas de hoy se revierten sobre los antiguos países centrales. Mientras el mundo antes llamado periférico fuera “subdesarrollado”, se podía confiar en la estabilidad y fuerza conceptual representada por los modelos centrales. Hoy ya no se puede decir lo mismo. Para expresarlo en el lenguaje de la metodología, el “referente empírico” se transforma ante nuestra mirada. Y los paradigmas conceptuales recibidos (como por ejemplo la clásica dicotomía entre “tradicional” y “moderno”) exigen ser redimensionados.

² Véanse Smelser y Swedberg (2005), y Guillén *et al.* (2002).

³ Al respecto una obra significativa es la de Adams, Clemens y Orloff (2005).

⁴ Las obras de Alexander, Giesen y Mast (2006), Smelser y Swedberg (2005) y Thompson, Ellis y Wildavsky (1990), son referentes significativos. Sin duda Pierre Bourdieu lo ha sido también, con la salvedad de que éste quizá rechazaría la etiqueta de sociólogo “cultural”.

⁵ Como en las obras de Latour (1993), Callon, Law y Rip (1986), Haraway (1991) y Rabinow (2003), entre muchos otros.

La modernidad: unas definiciones

Este autor reconoce la importancia de señalar el surgimiento de “distintas modernidades”, pero no le satisface esta constatación. Advierte que los análisis sociológicos recientes de la modernidad generalmente aceptan que los modernos deben realizar algunos ajustes en vista de los problemas que su propia modernidad ha generado. Así, la modernidad se vuelve “reflexiva”, reconsiderando sus propios logros y fracasos (Ulrich Beck y Anthony Giddens). O bien, dicen otros, las redes flexibles han venido a sustituir o cuando menos a complementar las jaulas de hierro de la vida moderna (Manuel Castells, Luc Boltanski y Eve Chiapello). A su vez, el debate público supone que la globalización modernizadora sigue su curso “normal”, sólo resistida por movimientos marginales en el centro y por fundamentalistas en las periferias. Para Wagner es insuficiente afirmar que seguimos siendo modernos (refiriéndose a los europeos), sólo que lo somos de una manera diferente. Esta posición no se pregunta sobre aquello que es variable en la modernidad y cómo sucede el cambio en la modernidad. Su obra pretende dar respuesta. Su punto de partida son seis definiciones básicas sobre la modernidad, su variabilidad y sus formas de cambio (pp. 2-5).

Primera definición. La modernidad representa una forma en que los humanos resuelven tres asuntos fundamentales: cómo gobernar la vida en común (la política), cómo satisfacer las necesidades humanas (la economía), y cómo definir y crear el conocimiento (la ciencia).

Segunda definición. Lo específico de la modernidad es su compromiso con la autonomía humana. Fundamentalmente ello se expresa en que las sociedades modernas se dan sus propias leyes y formas de organización. Por tanto, las respuestas modernas a las tres preguntas fundamentales no pueden emanar de fuentes externas de autoridad. Por definición, entonces, cualquier propuesta de ley (u organización social) está expuesta a la crítica.

Tercera definición. No hay una respuesta moderna única a las tres preguntas fundamentales. Una buena parte de la filosofía de la modernidad, desde Kant hasta Habermas, ha intentado darla. En la sociología, desde Durkheim hasta Parsons y las teorías neo-modernizadoras, se ha intentado identificar las estructuras institucionales singulares que son específicamente modernas. Sin embargo, las mismas transformaciones en curso de la modernidad apuntan a la diversidad de respuestas filosóficas e institucionales.

Cuarta definición. Las diferencias entre las distintas variedades de modernidad consisten en respuestas diferentes a las tres preguntas básicas. Si bien es indudable que la herencia cultural de cada sociedad representa el telón de fondo sobre el cual enfrenta asuntos fundamentales, el compromiso con la autonomía es la arena moviediza en la que flota (o se hunde) el argumento del determinismo cultural.

Quinta definición. Tampoco es cierto que la modernidad sea la revolución permanente. Más bien son los momentos históricos cruciales de una sociedad los que constituyen la herencia sobre la cual una sociedad elabora decisiones fundamentales. Esta proposición se conecta con la idea común de que la modernidad emergió históricamente como resultado de rupturas profundas con el pasado. El discurso modernista

ha creado una narrativa propia (y supuestamente universal) sobre la secuencia de las grandes revoluciones: la científica, la industrial y la democrática. El modernismo sostiene que, una vez culminadas estas revoluciones, la sociedad contaba con respuestas definitivas para sus dilemas fundamentales. En adelante, la historia de los países centrales se desarrolla con base en este programa, y las dificultades que experimenta el resto del mundo se deben a su atraso o a diferencias culturales. Esta versión ya no resulta aceptable, pero los puntos ciegos de la narrativa modernista no invalidan la propuesta fundamental: cada sociedad moderna ha pasado por inflexiones históricas cruciales que la han separado de su pasado.⁶

Sexta definición. Las interpretaciones colectivamente construidas de aquellas experiencias históricas significativas dan forma específica a distintas modernidades nacionales. Las experiencias históricas “no hablan por sí mismas”: deben ser interpretadas y actualizadas para tener sentido en la práctica. En consecuencia, Wagner pone en duda la visión modernista de una secuencia de rupturas fundamentales ya concluida y la idea de que de ahí brota un programa evolucionista para la modernidad en todas partes. Antes bien, sugiere que la experiencia de rupturas históricas varía notablemente entre países y que las interpretaciones de las mismas siempre fueron objeto de conflicto y se ven continuamente debatidas a la luz de las consecuencias siempre en curso.

Desde la sociología institucional hacia la sociología interpretativa

Con base en estas premisas, Peter Wagner desarrolla su estudio de la modernidad y la sociología, entendido como un análisis histórico-sociológico de configuraciones sociales. Para ello divide la obra en la problemática política, la problemática económica y la problemática epistémica, buscando señalar cómo la modernidad ha dado respuesta a ellas. Revisa las propuestas que a estas problemáticas han dado las teorías evolucionistas (el modernismo, digamos, clásico), las teorías críticas (desde Marx hasta Weber y la Escuela de Frankfurt), y las teorías más cercanas a la sociología cultural contemporánea que buscan entender la experiencia y el *ethos* de la modernidad.

Conviene resaltar respecto de dichas teorizaciones una distinción que resulta importante para Wagner. Afirma que la tendencia predominante en las ciencias sociales ha consistido en capturar las especificidades de cada época mediante un análisis *estructural-institucional*. Los evolucionistas y teóricos de la modernización señalan las estructuras “más adecuadas”; los marxistas y los weberianos muestran los conflictos estructurales e institucionales surgidos en la modernidad. Tanto para sus defensores como para sus críticos, la modernidad viene representada por sus institu-

⁶ Los lectores de Paz (1992), Bartra (1999) y Brunner (1992) en México y América Latina dirían que no hay nada nuevo en esto. Quizá lo interesante de la obra de Wagner es su aproximación a esta problemática como crítico y reconstructor de los sistemas conceptuales de la sociología.

ciones fundamentales, en los ámbitos políticos, económicos y científicos. Sus defensores ven en los patrones institucionales “típicos” de la modernidad europea la encarnación de los valores universales, aplicables al resto del mundo. Sus críticos ven en las estructuras institucionales de la modernidad de los países centrales el objeto de sus luchas y polémicas.

Para Wagner esta sociología institucional-estructural (que no vale confundir con el institucionalismo contemporáneo) es limitada. Apunta a una visión específica y, así sea en forma latente, anclada en el valor normativo de las experiencias europeas y estadounidense de la modernidad. En cambio, las aproximaciones interpretativas de la sociología más reciente se centran en la auto-comprensión que distintas sociedades construyen de su modernidad. De ahí, la importancia para Wagner de concebir la modernidad como un *ethos* y una *experiencia* colectivas, construidas en condiciones históricas específicas mediante las cuales distintas naciones elaboran la ruptura con el pasado.⁷ Sus componentes primordiales, experimentados y contruidos diferencialmente, serían la autonomía de lo humano y la búsqueda del control sobre la sociedad y la naturaleza. Vistas así las problemáticas históricas, el análisis suelta las amarras con las “unidades de análisis” estructurales e institucionales: importa menos entender si hay una modernidad “francesa” o “japonesa” que comprender si las problemáticas de la autonomía y el control han sido diversamente experimentadas e interpretadas.⁸

Desafíos nuevos para la sociología

Wagner concluye su revisión de las teorías sociales a la luz de sus definiciones de la modernidad y de las mutaciones que la modernidad misma ha tenido con una serie de proposiciones —o más precisamente, una serie de preguntas— para la sociología. Si la historia de la sociología es la historia de distintas interpretaciones de la modernidad y si ésta se encuentra nuevamente en transformación, el autor supone necesarios estos cuestionamientos. En su capítulo 5 señaló que la consolidación de la “modernidad organizada” entre finales del siglo XIX y los años sesenta condujo a la separación académica de la sociología respecto de sus fundamentos filosóficos y del estudio de la historia. En la actualidad, estas separaciones ya no son sostenibles. Pero la vía de la reconexión no será una nueva síntesis teórica sino que deberá pasar por investigaciones de experiencias históricas de las conexiones entre política, economía y ciencia.

Para este fin, el autor defiende la importancia de lo interpretativo en las ciencias sociales y humanas, que en la jerga especializada se ha denominado como el “giro lin-

⁷ En este punto, habría que decir que esta visión no sólo no es incompatible con la sociología weberiana sino que es una parte sustancial de su visión de la acción social. Quizá, la polémica de Wagner no sea con Weber sino con algunos intérpretes posteriores, en particular los teóricos de la modernización.

⁸ Entre la literatura creciente sobre estos temas, véase Eisenstadt (2002).

güístico”. Habiendo revisado críticamente la manera en que la sociología histórica intentó comprender los asuntos centrales de la modernidad, el capitalismo y la democracia, piensa que se deben ahora investigar como secuencias de reinterpretaciones nacionales de los asuntos centrales de la modernidad —la autonomía y el control instrumental de la naturaleza y la propia sociedad— a luz de las nuevas transformaciones del *imaginario* de la modernidad en el mundo actual.

Bibliografía

- Adams, Julia, Elisabeth Clemens y Ann Shola Orloff (eds.) (2005), *Remaking Modernity: Politics, History and Sociology*, Durham, Duke University Press.
- Alexander, Jeffrey C., Bernhard Giesen y Jason L. Mast (eds.) (2006), *Social Performance: Symbolic Action, Cultural Pragmatics and Ritual*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Bartra, Roger (1999), *La sangre y la tinta: Ensayos sobre la condición postmexicana*, México, Océano.
- Brunner, José Joaquín (1992), *América Latina: Cultura y Modernidad*, México, Conaculta/Grijalbo.
- Callon, Michel, John Law y Arie Rip (1986), *Mapping the Dynamics of Science and Technology: Sociology of Science in the Real World*, Basingstoke, MacMillan.
- Eagleton, Terry (1996), *The Illusions of Postmodernism*, Oxford, Blackwell.
- Eisenstadt, Shmuel (coord.) (2002), *Multiple Modernities*, New Brunswick, Transaction Publishers.
- Guillen, Mauro F., Randall Collins, Paula England y Marshall Meyer (eds.) (2002), *The New Economic Sociology: Developments in an Emerging Field*, Nueva York, Sage.
- Haraway, Donna (1991), *Simians, Cyborgs, and Women: The Re-Invention of Nature*, Nueva York, Routledge.
- Latour, Bruno (1993), *Nunca hemos sido modernos: ensayo de antropología simétrica*, Madrid, Debate.
- Paz, Octavio (1992), “El ogro filantrópico”, en *México en la obra de Octavio Paz*, t. I, “El Peregrino en su Patria”, ed. de Octavio Paz y Luis Mario Schneider, 3a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, pp. 317-338.
- Rabinow, Paul (2003), *Anthropos Today: Reflections on Modern Equipment*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Smelser, Neil J. y Richard Swedberg (eds.) (2005), *Handbook of Economic Sociology*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Thompson, Michael, Richard Ellis y Aaron Wildavsky (1990), *Social Theory*, Boulder, Westview Press.
- Wagner, Peter (2001a), *Theorizing Modernity: Inescapability and Attainability in Social Theory*, Nueva York, Sage Publications, 2001.
- (2001b), *A History and Theory of the Social Sciences: Not All That Is Solid Melts into Air*, Nueva York, Sage Publications, 2001.